

EL PSICÓLOGO

alejandro fuentes cristerna



Capítulo 1

EL PSICÓLOGO

José terminó la sesión con el último paciente del día, justo a tiempo para ir a casa.

Era Psicólogo, y se especializaba por así decirlo, en terapia a caballeros con problemas para sentirse interesados en los problemas de sus esposas. Hombres a los que no se les facilitaba el hacer conexión con los sentimientos de sus parejas, abrazarlas y confortarlas sin dejar de sentir extraño el gesto, o soltar la carcajada al hacerlo en una súbita demostración de nerviosismo extremo pero, que para ellas, no reflejaba otra cosa que una apatía hacia su relación.

Obviamente, si el esposo asistía a la sesión pidiendo ayuda era debido a que le interesaba el bienestar de su matrimonio. Así que ahí estaba él, despidiendo a Bernardo y agendando una cita para la semana siguiente.

Ese paciente tenía problemas serios, ya que su esposa Brenda mantenía un Síndrome de Espejo orientado a su hija, en la que la chica era la viva imagen de su madre. Y no por el parecido, sino por el motivo de hacer todo juntas.

Misma profesión, misma ropa, mismos intereses, e incluso en el recientemente inaugurado curso de cocina, se negaban a hacer equipo con otros integrantes del salón. Siempre debían ser ellas un equipo, a pesar de la amenaza de cancelarles la inscripción. Era un problema para él ya el tener que intentar consolar a su esposa sin sentirse ridículo, como para tener que consolar de alguna excepción en el guiso presentado o de algún problema suscitado en el día ya que ambas trabajaban juntas, a su hija también, vi stiendo igual a su madre inclusive.

Había muchos otros pacientes con casos singulares, como Héctor, que no atinaba poder dar a Martha, su cónyuge, lo que le pedía, y no solo en lo material, sino en cuanto a personalidad se refería, ya que la chica se mantenía siempre a la moda, y era de un ego del tamaño del Everest. Así que el hombre batallaba y hacía auténticas proezas para satisfacerla en todo lo que le solicitaba, cambiando de peinado, arreglando su barba, y comprando ropa de ciertas marcas para estar a su altura.

Por supuesto, al momento de requerir ella unos brazos dispuestos a dar el confort y la tranquilidad que su ajetreada vida no podía, él

se declaraba incapaz. El abrazo se antojaba frío y sin ese dejo de seguridad que necesitaba. En vez de transmitirle un – “Cariño, todo estará bien”, sonaba y se percibía más como un – “Pásame el control remoto, que la patada inicial está a punto de darse”.

Julieta, la esposa de Carlos, mantenía una férrea costumbre de sentirse culpable por todo eso que no podía ser. Desde ser rubia natural, hasta su inseguridad por haber tomado la mejor decisión en los detalles más insignificantes. Y, como siempre, el pecho de Carlos era el sitio ideal para llorar y pedir perdón por aquello en lo que ella le fallaba.

Él, simplemente, la abrazaba y miraba hacia otro lado, aguardando a que finalizara su retahíla de balbuceos para poder darle un beso en la frente y soltarla, tratando de que su mirada no delatara que pensaba en otras cosas mientras ella hablaba.

Así, sesión tras sesión, él ayudaba a esos hombres a abrirse ante el incierto y desconocido campo de el consuelo, el abrazo cariñoso, el oído atento, y la mente ubicada y dirigida a lo que sus esposas les solicitaban en realidad y no a lo que ellos creían que expresaban.

José condujo por entre el tráfico de la noche, hacia el edificio de apartamentos donde vivía. Al detenerse en un semáforo, compró con una vendedora ambulante algunas rosas, que depositó con suavidad en el asiento del copiloto, como si estuviesen dormidas y temiese despertarlas.

Llegó hasta el edificio y condujo despacio por el estacionamiento hasta la zona cercana al área de escaleras. Nunca usaba el ascensor, ya que le producía un dejo de claustrofobia, que aún a pesar de poder controlar si se hallaba solo minutos en él, la verdadera razón era que le disgustaba tener que saludar a los vecinos. Nunca faltaba quien le comenzara a narrar su último sueño, o comentarle la “aberrante manía recién empezada” por alguna sobrina o parienta.

Abrió la puerta de su departamento, depositando las llaves en un bol de cerámica colocado en la entrada para ese fin, y colgando el abrigo en un perchero al lado de la puerta. Las rosas las llevó a la cocina, desanudando el lazo y tomando 3 de ellas con cariño.

Una mujer delgada, portando un diminuto vestido apareció por el pasillo, sonriéndole.

Hola, cariño – le dijo ella, al tiempo que abría sus brazos para

abrazarlo.

Hola, encanto.

¿Tu día bien?

Mi día no es importante. El tuyo, sí. Cuéntame qué hiciste hoy.

Mi amor, siempre tan galante. Mara y yo vimos...

No. Mara, no. Pregunté qué hiciste tú. No tu hija y tú.

Pero lo hice junto con Mara. ¿Qué tiene de malo que te diga qué hicimos juntas?

Dime qué hiciste tú solamente.

Pero... No puedo. No lo hice sola.

Solo quítala de la ecuación. ¿Qué hiciste tú hoy?

La mujer se quedó en silencio por unos momentos, mirando a los ojos a José, hasta que se deshizo de su abrazo y dio media vuelta para ir a sentarse en una silla del comedor, con lágrimas en los ojos. Él, simplemente, depositó la rosa junto a ella sobre la mesa.

En la habitación, una mujer elegantemente vestida descansaba sobre la cama, leyendo una revista de Vida Social. Levantó la mirada de la lectura para observarle, dibujándosele una sonrisa amplia en el rostro.

Vaya, al fin apareces. Tienes desaliñado el cabello.

No importa.

Sí importa. ¿Qué dirán los vecinos si te ven con el cabello así?

No dirán nada, y no me importa si lo hacen. Además, sabes que no me gusta socializar con ellos. Por eso uso las escaleras.

Pues deberías saludar. Enterarte de los pormenores de sus problemas. Siempre es grato ver que ellos no tienen una vida tan acomodada como la nuestra.

¿Grato?

Bueno, no me refiero a que me dé gusto, sino a que el ver que no

visten tan bien como nosotros, es indicativo que nos va bien.

A mí me va bien, Martha. Yo soy el que trabajo.

¿Por qué te molestas?

No estoy molesto. Simplemente aclaro el punto que iniciaste. No todo tiene que estar dictado por el qué dirán, ni por el cómo vestimos. A fin de cuentas, haces el amor desnuda, ¿No? Y en esos instantes, eres tan mujer como la peor vestida.

Sí, es verdad... Y me crea una sensación de incomodidad tal, que en ocasiones siento que tengo que esforzarme sobremanera para llegar al clímax, ya que no dejo de pensar en ello. Me siento tan mal sin mis ropas...

Comenzó a sollozar en silencio, siendo observada por José, que optó por dejarle una rosa en la cama, donde pudiera tomarla si le apetecía.

Salió de la habitación y se encontró con otra mujer en el balcón, que había acomodado la mesa para cenar, con velas y un florero pequeño, en el que José colocó la rosa restante con ternura.

Amor, ojalá esté todo bien y a tu gusto. Creo que no olvidé nada. En caso que así sea, perdóname. – dijo la mujer.

Vamos, no debes pedir perdón por todo. Y menos por algo tan insignificante como el colocado de una mesa para cenar.

Ok, como tú digas – dijo ella, sonriendo aliviada.

Traeré el vino de la nevera – dijo él, en forma tranquila y casual al ver que la botella no estaba en la cubeta con hielo.

¡Oh, Dios mío! ¡No puedo hacer nada tan simple como poner una mesa correctamente para que cenes como mereces! – dijo ella en un aullido ahogado en llanto.

Todos olvidamos cosas, no lo tomes así – dijo José, sin hacer intento de acercarse.

Es que... No... Tus ojos al buscar el vino y no hallarlo me dijeron lo estúpida que soy...

Julieta, por favor...

Al ver que ella no pararía de llorar en un buen rato, decidió salir de nuevo a la sala, mirando hacia la alcoba al pasar, donde estaba únicamente la rosa sobre la cama.

En el comedor, la rosa en la mesa parecía ser la única que le esperaba, ya que la mujer había desaparecido.

¿Brenda? – preguntó en voz tenue José, a sabiendas que no le respondería.

Las 3 rosas eran su única compañía en el departamento, como todas las noches en que volvía a casa. Su esquizofrenia le causaba esas experiencias, acostumbrado ya a tener que lidiar con las mujeres de sus pacientes. Su conciencia no le permitía evadirlas, a sabiendas que reafirmaba detalles que se le escapaban en terapia con los esposos.

Saliendo de nuevo al balcón, tomó asiento en la silla de jardín colocada allí y miró la mesa desnuda, sintiendo que una copa de vino le caería bien en ese momento.

Casi al instante, 3 pares de brazos lo rodearon desde atrás brindándole un abrazo confortante, al que se entregó cerrando los ojos...